

## La crisis del Estado de bienestar y el agotamiento de las energías utópicas \*

### I

Desde fines del siglo XVIII viene constituyéndose en la cultura occidental una nueva conciencia de la época<sup>1</sup>. Si bien en el occidente cristiano la “nueva era” se refiere a la futura edad del mundo, la que comenzará con el último día, para nosotros, la “nueva época” designa el período propio, el contemporáneo. El presente se concibe como una transición hacia lo nuevo y vive en la conciencia de la aceleración de los acontecimientos históricos y en la esperanza de que el futuro será distinto. El nuevo comienzo de época, que marca la ruptura del mundo moderno con el mundo de la Edad Media cristiana y de la Antigüedad, se repite en cada momento presente que da a luz algo nuevo. El presente eterniza la ruptura con el pasado como una renovación continuada. El horizonte abierto al futuro de esperanzas referidas al presente también dirige su acción hacia el pasado. Desde fines del siglo se concibe la historia como un proceso que afecta a la totalidad del mundo y que plantea problemas. En tal proceso, el tiempo es un recurso escaso para la resolución futura de problemas que nos deja en herencia el pasado. Los tiempos pretéritos ejemplares a los que pueda dirigir el presente la mirada

---

\* Ensayos políticos. Barcelona. Ediciones Península, 1988. pp. 113-134

<sup>1</sup> Sigo aquí las extraordinarias investigaciones de R. KOSELLECK, *Vergangene Zukunft*, Frankfurt/m, 1979.

sin reservas han desaparecido. La Modernidad ya no puede pedir prestadas a otras épocas las pautas por las que ha de orientarse. La Modernidad depende exclusivamente de sí misma y tiene que extraer de sí misma sus elementos normativos. El presente auténtico es, desde hoy, el lugar donde tropiezan la continuidad de la tradición y la innovación.

La desvalorización del pasado ejemplar y la necesidad de extraer principios normativos adecuados a partir de las experiencias y formas vitales modernas propias explica la estructura cambiada del “espíritu de la época”. El espíritu de la época se convierte en el medio en el que, de ahora en adelante, se mueven el pensamiento y el debate políticos. El espíritu de la época recibe impulsos de dos movimientos intelectuales contrarios, interdependientes e interrelacionados: el espíritu de la época prende con la chispa del choque entre el pensamiento histórico y el utópico<sup>2</sup>. A primera vista ambas formas de pensamiento se excluyen mutuamente. El *pensamiento histórico*, nutrido por la experiencia, parece estar llamado a criticar los proyectos utópicos; el exuberante *pensamiento utópico* parece tener la función de exponer alternativas de acción y posibilidades de juego que trasciendan a las continuidades históricas. De hecho, la conciencia contemporánea de la época ha abierto un horizonte en que se mezcla el pensamiento utópico con el histórico. Esta peregrinación de las energías utópicas hacia la conciencia histórica caracteriza en todo caso el espíritu de la época que, a su vez, imprime sus rasgos a la opinión pública de los pueblos modernos desde los días de la Revolución Francesa. El pensamiento político impregnado de la actualidad del espíritu de la época y que trata de resistir la presión de un presente cargado de problemas, está penetrado de energías utópicas; pero, al mismo tiempo, es conveniente que este exceso de esperanzas se so-

---

<sup>2</sup> Para lo que sigue, vid. J. RÜSEN, “Utopie und Geschichte”, en W. Vosskamp (com.), *Utopieforschung*, Stuttgart, 1982, tomo I, págs. 356 l y sigs.

meta al contrapeso conservador de las experiencias históricas.

Desde comienzos del siglo XIX, la “utopía” es un concepto de lucha política que todos usan contra todos. En primer lugar, se emplea el reproche contra el pensamiento ilustrado abstracto y sus herederos liberales; luego, por supuesto, contra socialistas y comunistas y también contra los ultras conservadores: contra los primeros porque conjuran un futuro abstracto, contra los segundos porque conjuran un pasado también abstracto. Como todos están infectados de pensamiento utópico, nadie quiere ser un utópico<sup>3</sup>. La *Utopía*, de Thomas Moro, la *Ciudad del Sol*, de Campanella, la *Nueva Atlántida*, de Bacon, todas estas utopías espaciales del Renacimiento también podrían llamarse “*novelas estatales*”, porque sus autores jamás dejaron duda alguna acerca del carácter ficticio de los relatos. Retrotrajeron concepciones paradisiacas a ámbitos históricos y a antimundos terrenos y transformaron esperanzas escatológicas en posibilidades vitales profanas. Las utopías clásicas de una vida mejor y sin peligros se presentaban, como observa Fourier, como un “sueño del bien sin medios para llevarlo a cabo y sin método”. A pesar de su referencia crítica al presente, las utopías no comunicaban con la historia. La situación cambia cuando Mercier, un discípulo de Rousseau, con su novela del futuro sobre el París del año 2440, proyecta aquellas islas de la felicidad de regiones remotas en un futuro alejado y, con ello, refiere las esperanzas escatológicas sobre el restablecimiento futuro del paraíso al eje *mundano interno* de un progreso histórico<sup>4</sup>. Sin embargo, en cuanto la utopía y la historia se tocan de este modo, se transforma la imagen clásica de la uto-

---

<sup>3</sup> L. HÖLSCHER, “Der Begriff der Utopie als historische Kategorie”, en VOSSKAMP, *cit.*, tomo I, págs. 402 y sigs.

<sup>4</sup> R. KOSELLECK, “Die Verzeitlichung der Utopie”, en Vosskamp, *cit.*, tomo 3, págs. 1 y sigs. R. TROUSSON, “Utopie, Geschichte, Fortschritt”, en Vosskamp, *cit.*, tomo 3, págs. 15 y sigs.

pía y la novela estatal pierde sus caracteres novelescos. Quien sea más sensible ante las energías utópicas del espíritu de la época, contribuirá con el mayor empeño a conseguir una mezcla del pensamiento histórico con el utópico. Robert Owen y Saint-Simon, Fourier y Proudhon rechazan decididamente el utopismo y Marx y Engels les acusan de “socialistas utópicos”. Solamente Ernst Bloch y Karl Mannheim en nuestro siglo han conseguido limpiar la expresión “utopía” de la connotación de utopismo y la han rehabilitado como un medio verdadero de proponer posibilidades alternativas de vida que incluso deben incluirse en el proceso histórico. En la conciencia histórica políticamente activa hay implícita una perspectiva utópica.

Así, al menos, parecía suceder hasta ayer. Hoy parece como si se hubieran consumido las energías utópicas, como si se hubiesen retirado del pensamiento histórico. El horizonte del futuro se ha empequeñecido y el espíritu de la época, como la política, ha cambiado fundamentalmente. El futuro está teñido de pesimismo; en los umbrales del siglo XXI se dibuja el panorama temible del peligro planetario de aniquilación de los intereses vitales generales: la espiral de la carrera de armamentos, la difusión incontrolada de armas atómicas, el empobrecimiento estructural de los países subdesarrollados, el paro y las desigualdades sociales crecientes en los países desarrollados, los problemas de la contaminación del medio ambiente y unas altas tecnologías que operan al borde continuo de la catástrofe son los que marcan la pauta que, a través de los medios de comunicación, llegan a la conciencia del público. Las respuestas de los intelectuales reflejan la misma perplejidad que las de los políticos. No se debe solamente a un realismo creciente el hecho de que una perplejidad aceptada con valor cada vez sustituya más a los intentos de orientación hacia el futuro. La situación puede llegar a ser impenetrable objetivamente. La impenetrabilidad es, por lo demás, también una función de la disposición a la

acción que se da en una sociedad. De lo que se trata aquí es de la confianza que la cultura occidental tiene en sí misma.

## II

Por supuesto, hay buenas razones para explicar el agotamiento de las energías utópicas. Las utopías clásicas *pintaron* las condiciones para una vida digna y para una felicidad organizada socialmente. Las utopías sociales, mezcladas con el pensamiento histórico, que toman parte en las controversias políticas desde el siglo XIX, despiertan expectativas más realistas. Presentan la ciencia, la técnica y la planificación como los instrumentos prometedores e infalibles de un dominio racional sobre la naturaleza y la sociedad. Esta es, precisamente, la esperanza que ha quedado hecha añicos ante pruebas irrefutables. La energía nuclear, la tecnología de los armamentos y la penetración en el espacio, la investigación genética y la manipulación biotécnica en el comportamiento humano, la elaboración de la información, la acumulación de datos y los nuevos medios de comunicación son, como bien se sabe, técnicas con consecuencias ambiguas. Y cuanto más complejos sean los sistemas que es preciso orientar, mayor será la verosimilitud de consecuencias secundarias disfuncionales. Todos los días nos enteramos de que las fuerzas productivas se convierten en fuerzas destructivas y de que las capacidades de planificación se transforman en potencialidades de trastorno. Por ello no resulta extraño que ganen influencia aquellas teorías que tratan de demostrar que las mismas fuerzas que han aumentado nuestro poder, ; del que la Modernidad en su día extrajo su conciencia y sus esperanzas utópicas, de hecho permiten que la autonomía se convierta en dependencia, la emancipación en opresión, la racionalidad en irracionalismo. De la crítica de Heidegger a la subjetividad de la Edad Moderna, Derrida extrae la conclusión de

que solamente podemos evitar el molino del logocentrismo occidental mediante una provocación sin objetivo. En lugar de tratar de dominar las contingencias más evidentes *en* el mundo, haríamos mejor entregándonos a las contingencias secretas y ocultas del descubrimiento del mundo. Foucault radicaliza la crítica de Horkheimer y Adorno a la razón instrumental, hasta convertirla en una teoría del eterno retorno del poder. Su mensaje de un ciclo del poder siempre igual, de una formación de discursos siempre igual, tiene que extinguir la última chispa de la utopía y de la confianza de la cultura occidental en sí misma.

Entre los medios intelectuales cunde la sospecha de que el agotamiento de las energías utópicas no supone una pasajera situación espiritual de pesimismo cultural, sino que tiene un alcance más profundo. Podría ser manifestación de un cambio en la moderna conciencia de la época. Quizá esté disolviéndose de nuevo aquella amalgama entre el pensamiento histórico y el utópico; quizá estén transformándose la estructura del espíritu de la época y la situación compleja de la política. Quizá la conciencia de la historia esté perdiendo sus energías utópicas: al igual que a fines del siglo se transformaron las esperanzas en el paraíso dando una dimensión temporal en el más acá a las utopías quizá, hoy, doscientos años más tarde, estén perdiendo su carácter secular las esperanzas utópicas para adquirir de nuevo una configuración religiosa.

Considero que esta tesis de la aparición de la posmodernidad carece de fundamento. La estructura del espíritu de la época no ha cambiado, como tampoco lo ha hecho la forma de la polémica sobre posibilidades vitales futuras y la conciencia histórica no está perdiendo las energías utópicas en modo alguno. Antes bien, lo que ha llegado a su fin ha sido una utopía concreta, la que cristalizó en el pasado en torno al potencial de la sociedad del trabajo.

Los clásicos de la teoría social, desde Marx a Max Weber,

coincidían en que la estructura de la sociedad burguesa se caracteriza por el trabajo abstracto, esto es, por un tipo de trabajo industrial orientado por las leyes del mercado, sometido a las leyes del valor del capital y organizado según criterios empresariales. Como este tipo de trabajo abstracto resultó tener una fuerza tan considerable, capaz de penetrar en todas las esferas, también las esperanzas utópicas se dirigieron hacia la esfera de la producción, esto es, a la idea de una emancipación del trabajo frente a la determinación ajena. Las utopías de los socialistas primitivos se concentraban en la imagen del falansterio, una forma de organización de la sociedad del trabajo compuesta por productores libres e iguales. De una producción correctamente organizada tenía que surgir la forma de vida comunitaria de trabajadores libres asociados. La idea de la autogestión obrera todavía inspiró al movimiento de protesta de fines de los años sesenta<sup>5</sup>. A pesar de todas sus críticas a los socialistas primitivos, en la primera parte de la *Ideología Alemana* Marx propugnaba la misma utopía de la sociedad del trabajo: “Ha llegado el momento en que las personas tienen que apropiarse de la totalidad de las fuerzas productivas, a fin de llegar a una situación de trabajo autónomo... La apropiación de estas fuerzas no es otra cosa que el desarrollo de las capacidades individuales, que se corresponden con los instrumentos materiales de producción. Solamente en esta situación coincide el trabajo autónomo con la vida material, lo que se corresponde con la conversión de la persona en una personalidad plena y con la destrucción de toda dependencia de la naturaleza.”

La utopía de la sociedad del trabajo ya no tiene poder de convicción y no sólo porque las fuerzas productivas hayan perdido su inocencia o porque la abolición de la propiedad privada de los medios de producción por sí sola no desem-

---

<sup>5</sup> Desde esa perspectiva ha presentado recientemente Oskar Negt un estudio notable: *Lebendige Arbeit, enteignete Zeit*, Frankfurt/m, 1984.

boque en la autogestión obrera. Sobre todo, la utopía ha perdido su punto de contacto con la realidad: la fuerza del trabajo abstracto, capaz de construir estructuras y de transformar la sociedad. Claus Offe ha enunciado de modo convincente unos “puntos de referencia para el carácter cada vez menos objetivo de la fuerza determinante de realidades como el trabajo, la producción, el mercado, en su relación con la constitución social y el desarrollo de la sociedad en su conjunto”<sup>6</sup>.

Quien hojee alguno de los pocos escritos que todavía hoy mantienen alguna referencia utópica en su título —me refiero al libro de André Gorz, *Caminos al paraíso*— encontrará que se confirma este diagnóstico. Gorz fundamenta su propuesta de desvincular el trabajo del ingreso por medio de un salario mínimo garantizado renunciando a la esperanza marxista de que el trabajo autónomo acabe coincidiendo con la vida material.

Pero, ¿por qué habría de ser significativa para la amplia opinión pública la disminución de la fuerza de convicción de la utopía de la sociedad del trabajo y por qué tendría que ayudar a explicar un agotamiento *general* de los impulsos utópicos? Esta utopía no solamente ha atraído a los intelectuales. Ha inspirado al movimiento obrero europeo y, en nuestro siglo, ha dejado su huella en los programas de tres momentos muy diferentes pero de importancia mundial. Como reacción a las consecuencias de la Primera Guerra Mundial y de la crisis económica mundial se impusieron las correspondientes corrientes políticas: el comunismo soviético en Rusia, el corporativismo autoritario en la Italia fascista, la Alemania nazi y la España falangista y el reformismo socialdemócrata en las democracias de masas del Oeste. Únicamente este proyecto de Estado social se constituyó en heredero de los movimientos burgueses de emancipación y del

---

<sup>6</sup> C. OFFS, “Arbeit als soziologische Schlüsselkategorie”, en *ibid.*, *Arbeitsgesellschaft-Strukturprobleme und Zukunftsperspektiven*, Frankfurt/m, 1984, pág. 20.

Estado democrático constitucional. Si bien surgió de la tradición socialdemócrata no son solamente gobiernos socialdemócratas los que han ido construyéndolo. Después de la Segunda Guerra Mundial todos los partidos gobernantes en los países occidentales ganaron sus mayorías argumentando más o menos intensamente a favor de los objetivos del Estado social. Desde fines de los años setenta están haciéndose evidentes los límites del proyecto del Estado social sin que, hasta la fecha, sea visible una forma sustitutoria nítida. Quisiera, por lo tanto, delimitar claramente mi tesis, esto es, que la nueva impenetrabilidad pertenece a una situación en la que el programa del Estado social, que sigue alimentándose de la utopía de la sociedad del trabajo, ha perdido la capacidad de formular posibilidades futuras de alcanzar una vida colectiva mejor y más segura.

### III

El núcleo utópico, esto es, la liberación del trabajo asalariado, había adoptado también otra forma en el proyecto del Estado social. Las relaciones vitales emancipadas y dignas no tienen por qué provenir de modo inmediato de una revolución de las relaciones laborales, esto es, de la transformación del trabajo heterónimo en trabajo autónomo. La reforma de las relaciones laborales tiene un lugar primordial en este proyecto<sup>7</sup>. Estas medidas son el punto referencial necesario, no solamente para adoptar otras de humanización de un trabajo que sigue estando determinado ajenamente y para establecer las contraprestaciones que compensen por los riesgos fundamentales del trabajo asalariado (accidente, enfermedad, pérdida del puesto de trabajo, desamparo en la an-

---

<sup>7</sup> Desde esta perspectiva, lo más reciente es H. KERN y M. SCHUMANN, *Das Ende der Arbeitsteilung?* Munich, 1984.

cianidad). De aquí se sigue la consecuencia de que todos quienes estén en situación laboral útil han de integrarse en este sistema ocupacional tan equilibrado y compensado, lo que equivale al objetivo del pleno empleo. La compensación funciona únicamente cuando la condición del asalariado con empleo a tiempo completo es la norma. Los inconvenientes que siempre aparecen en un *status* protegido de trabajo industrial dependiente se compensan con los derechos que se reconocen a los ciudadanos en cuanto clientes de burocracia del Estado de bienestar y con la capacidad adquisitiva que se les da en su función de consumidores de bienes en serie. La válvula para la pacificación de los antagonismos de clase sigue siendo la neutralización del factor conflictivo que se da siempre en todo *status* de trabajo asalariado.

Este objetivo ha de alcanzarse a través de la legislación del Estado social y de la contratación colectiva entre partes independientes. Las políticas del Estado social derivan su legitimidad del sufragio universal y tienen su base en los sindicatos autónomos y los partidos obreros. El éxito del proyecto depende del poder y de la capacidad, de acción de un aparato de Estado intervencionista. Este Estado ha de inmiscuirse en el sistema económico con el objetivo de cuidar el crecimiento económico, regular las crisis y, al mismo tiempo, garantizar la competitividad de las empresas en el mercado internacional así como los puestos de trabajo a fin de que se produzcan excedentes que puedan luego repartirse sin desanimar a los inversores privados. Ello pone en claro el *aspecto metodológico*: el compromiso del Estado social y la pacificación del antagonismo de clase son el resultado de una intervención de un poder estatal democráticamente legitimado para regular y paliar el proceso de crecimiento natural capitalista. El *aspecto sustancial* del proyecto se alimenta de los restos de la utopía de la sociedad del trabajo: al normalizarse el *status* de los trabajadores mediante la participación cívica y el ejercicio de derechos sociales, la masa de la po-

blación consigue la oportunidad de vivir en libertad, justicia social y bienestar creciente. Ello presupone que las intervenciones estatales pueden garantizar la coexistencia pacífica entre el capitalismo y la democracia.

En las sociedades industriales desarrolladas de Occidente pudo realizarse por entero esta condición precaria, en todo caso, en el contexto favorable del período de la posguerra y de la reconstrucción. Pero no quiero tratar del cambio de contexto de los años setenta, y tampoco de las circunstancias, sino de las dificultades intrínsecas que surgen con el éxito del estado social<sup>8</sup>. Al respecto se plantean siempre dos cuestiones. ¿Dispone el Estado intervencionista de poder suficiente y puede trabajar con la eficacia precisa para doblegar el sistema económico capitalista en el sentido favorable a su programa? Y ¿es la aplicación del poder político el medio adecuado para alcanzar el fin sustancial de mejorar y consolidar formas de vida más dignas y emancipadas? Así, pues, se trata, en primer lugar, de la cuestión de las fronteras de la reconciliación entre capitalismo y democracia y, en segundo lugar, de la cuestión de las posibilidades de implantar nuevas formas de vida con medios jurídico-burocráticos.

A la primera. Desde el principio, el Estado nacional resultó un marco demasiado estrecho para asegurar adecuadamente las políticas económicas keynesianas frente al exterior, contra los imperativos del mercado mundial y la política de inversiones de empresas que operan a escala planetaria. Más evidentes son, sin embargo, los límites del poder de intervención del Estado en el interior. En este caso, a medida que va aplicando sus programas, el Estado social tropieza claramente con la resistencia de los inversores privados. Por supuesto, hay muchas causas explicativas del descenso de la rentabili-

---

<sup>8</sup> Para lo siguiente, *cf.* C. Orre, “Zu einigen Widersprüchen des modernen Sozialstaates”, en *ibid.*, *op. cit.*, págs. 323 y sigs. J. KEANE, *Public Life and Late Capitalism*, Cambridge, 1984, cap. I, págs. 10 y sigs.

dad de las empresas, la inseguridad en las oportunidades de inversión y la caída de las tasas de crecimiento. Pero las condiciones de reproducción del capital tampoco quedan indemnes frente a los resultados de las políticas del estado social, ni de hecho, ni —lo cual es más importante— en la percepción subjetiva de los empresarios. De este modo los costes crecientes de la mano de obra y capítulos anejos a éste, intensifican la tendencia a inversiones de racionalización que, al hilo de una segunda Revolución Industrial, aumentan la productividad del trabajo en tal medida y disminuyen en tal grado la necesidad social de tiempo de trabajo necesario que, a pesar de la tendencia secular al acortamiento de la jornada laboral, cada vez hay más parados. Sea como sea, una situación en la que la falta de disposición a la inversión, el estancamiento económico, el aumento del paro y la crisis de los presupuestos públicos se pueden vincular de modo muy sugestivo a la percepción de la colectividad con los costes del Estado de bienestar, se hacen palpables los límites estructurales dentro de los cuales se estableció y mantuvo el compromiso que dio origen al Estado social. Dado que el Estado social ha de respetar la forma de funcionamiento del sistema económico no tiene posibilidad de influir en la esfera de inversión privada como no sea mediante medidas que sean apropiadas al sistema. Además, tampoco tendría poder para ello, ya que el reparto de ingresos, en lo esencial, se limita a una distribución horizontal dentro del grupo de los trabajadores dependientes, mientras que no se toca la estructura patrimonial de clase ni el reparto de la propiedad. Así, el Estado social que ha conseguido sus propósitos se encuentra en una situación en la que se debe percibir que él mismo no es una “fuente de bienestar” y que no puede garantizar la seguridad en el puesto de trabajo como si fuera un derecho civil. (C. Offe.)

En esta situación, el Estado social corre el peligro de perder su base social. Las capas de electores con movilidad as-

cedente, que eran las más beneficiadas con los resultados del Estado social en tiempos de crisis, pueden dar lugar a una mentalidad de protección de la propiedad y pueden también aliarse con la vieja clase media, especialmente con las capas más partidarias de la ideología “productivista”, hasta formar un bloque defensivo contra los menos privilegiados o los grupo marginados. Este cambio de actitud de la base electoral amenaza sobre todo a aquellos partidos que, como el demócrata en los Estados Unidos, el *Labour Party* inglés o la socialdemocracia alemana, durante decenios confiaron en una clientela segura al amparo del Estado social. Al propio tiempo, el cambio en las condiciones del mercado de trabajo supone un gran peso para los sindicatos; su potencial de amenaza se debilita; los sindicatos pierden afiliados y cotizaciones y se ven obligados a practicar una política de alianzas que se ajusta a los intereses a corto plazo de aquellos que todavía tienen empleo.

Incluso aunque el Estado social, en condiciones más afortunadas, consiguiera retrasar o evitar los efectos secundarios de su éxito, que ponen en peligro las condiciones mismas de su funcionamiento, quedaría otro problema por resolver. Los partidarios del proyecto del Estado social habían mirado siempre en una dirección. En primer lugar se daba la tarea de disciplinar el poder económico descontrolado y de proteger el mundo vital de los trabajadores dependientes de las influencias destructivas de un crecimiento económico plagado de crisis. El gobierno parlamentario aparecía como un recurso a la vez inocente e imprescindible; era el que daba fuerza y capacidad de acción al Estado intervencionista frente al egoísmo sistemático de la economía. Los reformistas creían sin reserva alguna que era lógico que el Estado, además de intervenir en el ciclo económico, interviniera también en el ciclo vital de sus ciudadanos; al fin y al cabo, el objetivo del programa del Estado social era la reforma de las condiciones de vida de los trabajadores. En verdad, de este modo se con-

siguió un nivel más alto de justicia social.

Pero precisamente aquellos que reconocen este logro histórico del Estado social y no incurrir en críticas fáciles a las debilidades de éste, reconocen también el fracaso, que no puede atribuirse a uno u otro inconveniente o a una realización a medias del proyecto sino que se origina en una unilateralidad específica de ese mismo proyecto. Ambiguo es todo escepticismo frente a la naturaleza del poder, quizá imprescindible pero sólo presuntamente inocente. Los programas de Estado social precisaban una gran cantidad de poder a fin de conseguir fuerza de ley, la financiación con cargo a los presupuestos públicos y la eficacia real en el mundo vital de sus beneficiarios. De este modo se genera una red cada vez más tupida de normas jurídicas, de burocracias estatales y paraestatales que cubre la vida cotidiana de los clientes reales o potenciales.

Amplios debates sobre la juridificación y la burocratización en general, sobre los efectos contraproducentes de la política social del Estado en especial, sobre la profesionalización y “cientifización” de los servicios sociales, han llamado la atención sobre unos hechos que algo dejan en claro: los medios jurídico-administrativos de la ejecución de los programas del Estado social no suponen en modo alguno un medio pasivo neutral. Antes bien, con estos programas aparece unida una praxis de hechos singulares, normalización y vigilancia, que Foucault ha perseguido en su fuerza cosificadora y subjetivadora hasta las ramificaciones más remotas de la comunicación cotidiana. Las configuraciones de un mundo vital reglamentado, despedazado, controlado y tutelado son, sin duda, más sublimes que las formas palpables de la explotación material y la miseria; pero los conflictos sociales interiorizados y transferidos al terreno de lo psíquico y lo corporal no son menos destructivos. En resumen, el proyecto del Estado social padece bajo la contradicción entre el objetivo y el método. Su objetivo es el establecimiento de formas

vitales estructuradas igualitariamente que, al mismo tiempo, permitan ámbitos para la autorrealización y espontaneidad individuales. Pero, evidentemente, este objetivo no puede alcanzarse por la vía directa de una aplicación jurídico-administrativa de programas políticos. La generación de nuevas formas vitales es una tarea excesiva para el medio del poder.

#### IV

Al hilo de dos problemas, he tratado de los obstáculos que el propio Estado social triunfante se pone en su camino. No quiero decir con ello que el desarrollo del Estado social sea una realización errónea. Por el contrario: las instituciones del Estado social, al igual que las instituciones del Estado constitucional democrático, denotan un impulso de desarrollo del sistema político frente al cual no hay posibilidad sustitutoria alguna en sociedades como la nuestra, ya en relación con las funciones que cumple el Estado social, ya en relación con las exigencias legitimadas normativamente a las que satisface. Aquellos países que aún están atrasados en el desarrollo del Estado social no tienen razón alguna para separarse de este camino. Precisamente la falta de opciones sustitutorias e, incluso, la irreversibilidad de unas estructuras de compromiso por las que fue necesario luchar, son las que hoy nos sitúan ante el dilema de que el capitalismo desarrollado no pueda vivir sin el Estado social y, al mismo tiempo, tampoco pueda hacerlo con él. Las reacciones más o menos desorientadas ante este dilema prueban que se ha agotado ya el potencial innovador de la utopía de la sociedad del trabajo.

Siguiendo a C. Offe, podemos distinguir tres tipos de reacciones en países como la República Federal y los Estados Unidos<sup>9</sup>. El *legitimismo* basado en la *sociedad industrial*

---

<sup>9</sup> C. Offe, "Perspektiven auf die Zukunft des Arbeitsmarktes", en *ibid.*,

y *el Estado social* de la socialdemocracia de derechas se encuentra hoy a la defensiva. Entiendo esta determinación en un sentido lato, de forma que pueda aplicarse por igual, por ejemplo, a los demócratas de la corriente de Mondale en los Estados Unidos o al segundo gobierno de Mitterrand. Los legitimistas eliminan del proyecto del Estado social precisamente aquel elemento componente que éste había tomado prestado a la utopía de la sociedad del trabajo. Renuncian al objetivo de doblar en tal medida el trabajo autónomo que el *status* de los ciudadanos libres e iguales, al penetrar en la esfera de la producción, se pueda convertir en el núcleo de cristalización de formas autónomas de vida. Los legitimistas son hoy los auténticos conservadores, que quisieran consolidar lo que ya se ha alcanzado. Esperan volver a encontrar el punto de equilibrio entre el desarrollo del Estado social y la modernización por medio del mercado. Es necesario acomparar de nuevo el balance entre las orientaciones democráticas del valor de uso y una dinámica capitalista propia y suavizada. El programa legitimista está anclado en la necesidad de conservar lo ya establecido. Ignora, sin embargo, el potencial de resistencia que se produce en la estela de la creciente erosión burocrática de unos mundos vitales estructurados de modo libre y comunicativo procedentes de unas interrelaciones naturales; tampoco se toma en serio los cambios en la base social y sindical sobre la que se apoyaba hasta la fecha la política del Estado social. A la vista de los cambios en la estructura del electorado y el debilitamiento de la posición sindical esta política corre el riesgo de perder su desesperada carrera contra el tiempo.

En ascenso se encuentra el *neoconservadurismo*, que también se orienta en el sentido de la sociedad industrial, pero que formula una crítica decidida al Estado social. La administración de Reagan y el Gobierno de Margaret Thatcher

---

*op. cit.*, págs. 340 y sigs.

son sus representantes; el Gobierno conservador de la República Federal también ha emprendido un curso análogo. En lo, esencial, el neoconservadurismo se caracteriza por tres componentes.

Primero: una política económica orientada hacia la oferta ha de mejorar las condiciones de capitalización y poner de nuevo en marcha el proceso de acumulación. Cuenta con una tasa de desempleo relativamente elevada, aunque formalmente sólo de modo transitorio. La redistribución de los ingresos perjudica a los grupos más pobres de población, como muestran las estadísticas en los Estados Unidos, en tanto que sólo los propietarios de grandes capitales alcanzan claras mejoras en sus ingresos. Con ello corren paralelamente algunas limitaciones de los resultados del Estado social. Segundo: los costes de legitimación del sistema político han de reducirse. La “inflación de las expectativas” y la “ingobernabilidad” son términos para una política que se orienta hacia una desvinculación mayor entre la administración y la formación pública de la voluntad. En este contexto se fomentan las acciones neocorporativas, esto es, una intensificación de los potenciales no estatales de dirección de las grandes asociaciones, principalmente las asociaciones empresariales y los sindicatos. La transferencia de competencias parlamentarias, normativamente reguladas a partir de sistemas de negociación que funcionen convierte al Estado en una parte negociadora como las demás. La dejación de funciones en las zonas grises del neocorporativismo sustrae cada vez más materias sociales a los órganos de decisión ordinarios que están constitucionalmente obligados<sup>10</sup> a considerar por igual todos los

---

<sup>10</sup> C. Oma, *Korporatismus als System nichtstaatlicher Machtsteuerung*”, en *Geschichte und Gesellschaft*, año 10, 1984, págs. 234 y sigs. Para la justificación del neocorporativismo desde la perspectiva de la teoría de sistemas, cf. *H. Willke, Entzäuberung des Staates*, Königstein, 1983.

intereses afectados en cada caso. Tercero: por último, se exige que la política cultural opere en dos frentes. De un lado, tiene que desacreditar a los intelectuales, en cuanto que capa obsesionada con el poder e improductiva, portadora del modernismo, ya que los valores posmateriales, especialmente las necesidades expresivas de autorrealización y de juicio crítico de una moral ilustrada universalista son una amenaza para los fundamentos motivacionales de una sociedad del trabajo que funcione y de la despolitización de la opinión pública. Por otro lado, es necesario seguir cultivando los poderes de la ética convencional, del patriotismo, de la religión burguesa y de la cultura popular. Éstos existen con el fin de compensar al mundo vital privado por las cargas personales y para defenderlo de la presión de la sociedad competitiva y de la modernización acelerada.

La política neoconservadora tiene cierta posibilidad de imponerse si encuentra una base en esa sociedad dividida en dos segmentos que, al mismo tiempo, propugna. Los grupos excluidos o marginados no tienen poder de veto ya que representan a una minoría ajena, separada del proceso productivo. El proceso que ha venido produciéndose cada vez más claramente entre las metrópolis y la periferia subdesarrollada parece repetirse en el interior de las sociedades capitalistas más desarrolladas: los poderes establecidos cada vez dependen menos del trabajo y de la voluntad de cooperación de los desposeídos y de los oprimidos para su propia reproducción. En todo caso, no basta con que una política se imponga; además, debe dar buen resultado. Un desmantelamiento *decidido* del compromiso del Estado social tiene que dejar tras de sí lagunas funcionales que sólo pueden rellenarse mediante la represión o el desamparo.

Un tercer modelo de reacción se dibuja en la *disidencia* de los *críticos del crecimiento*, que tienen una posición ambigua frente al Estado social. Así, en los nuevos movimientos sociales de la República Federal, por ejemplo, se juntan

minorías de la procedencia más diversa para constituir una “alianza antiproductivista”, ancianos y jóvenes, mujeres y parados, homosexuales e impedidos, creyentes y no creyentes. Lo que les une es el rechazo de esa visión productivista del progreso que comparten los legitimistas con los neoconservadores. La clave para una modernización social libre de crisis en la medida de lo posible, para estos dos partidos, reside en dosificar correctamente la parte de problemas que corresponde a los dos subsistemas de Estado y sociedad. Los unos ven la causa de la crisis en la dinámica propia y desbrindada de la economía y los otros en las cadenas burocráticas con que se pretende someterla. El control social del capitalismo ó la devolución de los problemas de la administración planificadora al mercado son las terapias correspondientes. Un lado ve el origen de los trastornos en la fuerza de trabajo monetarizado, la otra lo ve en los impedimentos burocráticos a la iniciativa privada. Pero ambas partes coinciden en que los ámbitos de interacción del mundo vital, precisados de protección, solamente pueden ejercer una función pasiva frente a los motores verdaderos de la modernización social, esto es, el Estado y la economía. Ambas partes están también convencidas de que es posible desvincular el mundo vital de estos subsistemas, así como protegerlo frente a las injerencias sistémicas si el Estado y la economía han de complementarse en una relación correcta y estabilizarse recíprocamente.

Únicamente los disidentes de la sociedad industrial parten del supuesto de que el mundo vital está igualmente amenazado por la mercantilización (*Kommodifizierung*) y la burocratización y ninguno de los dos medios, poder o dinero, es “más inocente” que el otro en principio. Solamente los disidentes consideran necesario que se fortalezca la autonomía de un mundo vital que está amenazado en sus fundamentos vitales y en su estructura interna comunicativa. Solamente ellos reclaman que se rompa o, por lo menos, se contenga la

dinámica propia de los subsistemas que organizan el poder y el dinero por medio de formas de organizaciones autogestionadas próximas a la democracia de base. En este contexto se consideran conceptos y propuestas de economía dual para independizar la seguridad social del empleo<sup>11</sup>. La diferenciación no sólo ha de tener lugar en cuanto al aspecto productivo de la persona, sino, también, al del consumidor, el ciudadano y el cliente de las burocracias del Estado de bienestar. Los disidentes de la sociedad industrial son los herederos del programa del Estado social en su componente democrático radical que los legitimistas han abandonado. Con todo, en la medida en que no van más allá de la mera disidencia, mientras permanecen atascados en el fundamentalismo de la gran negación y no ofrecen nada más que el programa negativo del crecimiento cero y la diferenciación, no superan una de las *facetras* del proyecto del Estado social.

En la fórmula de la sujeción social del capitalismo no solamente se escondía la resignación ante el hecho de que el edificio de una economía compleja de mercado no puede alterarse desde dentro y reformarse en un sentido democrático con las simples recetas de la autogestión obrera. Tal fórmula comprendía también la convicción de que una influencia proveniente del exterior, indirecta, sobre los mecanismos de la autodirección, precisa algo nuevo, esto es, una combinación muy innovadora de poder y de autolimitación inteligente. Esta convicción se basaba, a su vez, en la idea de que, gracias a los medios del poder político-administrativo, la sociedad puede influir sobre sí misma sin peligro alguno. Si ahora no es solamente el capitalismo, sino también el Estado intervencionista el que es necesario “sujetar socialmente”, la tarea se complica notablemente. Puesto que, en este caso, no es posible seguir confiando a la capacidad de planificación del

---

<sup>11</sup> Th. SCHMID, *Befreiung von falscher Arbeit. Thesen Zum garantierten Mindesteinkommen*, Berlín, 1984.

Estado aquella combinación de poder y de autolimitación inteligente.

Si ahora hay que emplear la contención y la dirección indirecta también contra la dinámica propia de la administración pública, es preciso buscar en alguna otra parte el potencial de reflexión y de dirección y, concretamente, en una relación completamente transformada entre unos ámbitos públicos autónomos, autoorganizados de un lado y los ámbitos de acción orientados por medio del dinero y del poder administrativo del otro. De aquí surge la difícil tarea de posibilitar la generalización democrática de intereses y la justificación universalista de normas *por debajo* del umbral de los aparatos de partido, objetivados bajo la forma de grandes organizaciones y convertidos al mismo tiempo en sistema político. Un pluralismo orgánico de subculturas defensivas que solamente surgiera de un rechazo espontáneo tendría que ignorar las normas de la igualdad ciudadana. Surgiría así una esfera que se comportaría como una imagen para las zonas grises del neocorporativismo.

## V

El Estado social, en su desarrollo, ha entrado en un callejón sin salida. En él se agotan las energías de la utopía de la sociedad del trabajo. Las respuestas de los legitimistas a los neoconservadores se mueven en el medio de un espíritu de la época que sigue estando a la defensiva; expresan una conciencia histórica a la que se ha arrebatado su dimensión utópica. También los disidentes de la sociedad del crecimiento perseveran en la actitud defensiva. Su respuesta podría convertirse en ofensiva si, en vez de prescribir o de dismantelar el proyecto del Estado social, lo que se hiciera fuera proseguirlo con una reflexión en un escalón superior. El proyecto del Estado social enfocado reflexivamente, no solamente

orientado a la sujeción de la economía capitalista sino a la sujeción del mismo Estado, no puede mantener el trabajo como punto central de referencia. Ya no puede tratarse de la consolidación del pleno empleo convertido en norma. Este proyecto no se agotaría por el hecho de que, con la implantación del salario mínimo garantizado, se rompiera la maldición que el mercado de trabajo hace pesar sobre *toda* la mano de obra, incluso sobre el potencial creciente y cada vez más limitado de aquellos que aún están en la reserva. Este paso sería revolucionario, pero no sería lo bastante revolucionario; sobre todo, no lo sería si no se pudiera proteger al mundo vital frente a las consecuencias contraproducentes adicionales de una administración providencial, además de protegerlo contra los imperativos inhumanos del sistema de relaciones laborales.

Estos umbrales en el intercambio entre el sistema y el mundo vital funcionarían si, al mismo tiempo, se produjera una nueva división de poderes. Las sociedades modernas disponen de tres recursos mediante los cuales satisfacen su necesidad de orientar el proceso: dinero, poder y solidaridad. Es preciso buscar un equilibrio nuevo para sus esferas de influencia. Quiero decir con ello que el poder de integración social de la solidaridad tendría que poder afirmarse contra los “poderes” de los otros dos recursos de dirección, el dinero y el poder administrativo. Ciertos ámbitos vitales que se han especializado en transmitir los valores admitidos y los bienes culturales, en integrar a los grupos y en socializar a los adolescentes, han dependido siempre de la solidaridad. En esta misma fuente tiene que originarse una voluntad política que ha de ejercer influencia, por un lado, sobre la delimitación de espacios y el intercambio entre estos ámbitos vitales estructurados de modo comunicativo y, por otro lado, sobre el Estado y la economía. Por lo demás, esto no está muy alejado de los criterios normativos de nuestros libros de texto de educación cívica, según los cuales la sociedad que cuenta

con una forma de dominación democráticamente legitimada influye sobre sí misma y controla su desarrollo.

Según esta versión oficial, el poder político surge de la voluntad pública y discurre, vía legislación y administración, al propio tiempo por el aparato del Estado y retorna a un público con dos cabezas, como el dios Jano, un público a la entrada del Estado, constituido por ciudadanos y un público a la salida del Estado, constituido por clientes. Poco más o menos así es como ven el círculo del poder político los ciudadanos y los clientes de la administración pública. Desde la perspectiva del sistema político este mismo círculo, limpio de toda injerencia normativa, presenta otro aspecto. Según esta versión no oficial que es la que siempre nos ofrece la teoría de sistemas, los ciudadanos y los clientes son miembros del sistema político. De acuerdo con esta descripción se transforma, ante todo, el sentido del proceso legitimador. Los grupos de interés y los partidos emplean todo su poder organizativo para conseguir acuerdo y lealtad para sus objetivos orgánicos. La administración no solamente estructura el proceso legislativo sino que, en buena medida, lo controla y, por su lado, está obligada a llegar a soluciones de compromiso con clientes poderosos. Los partidos, las instituciones legislativas y las burocracias tienen que tomar en consideración la presión no declarada de los imperativos funcionales y hacerlos coincidir con la opinión pública; el resultado es la “política simbólica”. El Gobierno también tiene que ocuparse, al mismo tiempo, del apoyo de las masas y de los inversores privados.

Si se quiere reunir en una imagen realista las dos descripciones contrarias surge el modelo habitual en la ciencia política con varios terrenos que se superponen unos a otros. C. Offe, por ejemplo, distingue tres de estos terrenos. En el primero de ellos es fácil reconocer que las élites políticas aplican sus decisiones dentro del aparato del Estado. Por debajo de éste hay un segundo terreno en el que una multipli-

cidad de grupos anónimos y de actores colectivos influyen los unos en los otros, forjan coaliciones, controlan el acceso a los medios de comunicación y de producción y, aunque no sea fácilmente reconocible, gracias a su poder social determinan con carácter prioritario el marco de juego para plantear y resolver cuestiones políticas. Por último, por debajo se encuentra un tercer terreno en el que las corrientes comunicativas difíciles de comprender determinan la forma de la cultura política y, con ayuda de las definiciones de la realidad, compiten por aquello a lo que Gramsci llamó hegemonía cultural; y aquí es donde se producen los cambios de tendencia del espíritu de la época. No es fácil entender con claridad el intercambio entre los tres terrenos. Hasta la fecha parece que los procesos del terreno intermedio han tenido preferencia. Cualquiera que sea la respuesta empírica, nuestro *problema práctico* se puede ahora entender de modo más visible: todo proyecto que quiera desplazar los pesos en favor de orientaciones solidarias tiene que movilizar el terreno inferior en contra de los dos superiores.

En este terreno no se discute de modo inmediato sobre dinero o poder, sino sobre definiciones. Se trata del carácter inviolable y autónomo de los estilos vitales, esto es, de la defensa de subculturas tradicionales y conocidas o del cambio en la gramática de formas vitales heredadas. En favor de las primeras actúan los movimientos regionalistas; en favor de las segundas, movimientos feministas o ecologistas. Estas luchas son, en la mayor parte del tiempo, latentes, se mueven en el microámbito de las comunicaciones cotidianas, cristalizan únicamente de vez en cuando en discursos públicos y en intersubjetividades de rango superior. En estos escenarios pueden constituirse ámbitos públicos autónomos que también entran en comunicación recíproca en la medida en que se utiliza el potencial de autoorganización y se usan de modo autónomo los medios de comunicación. Las formas de autoorganización fortalecen la capacidad de acción colectiva por

debajo de un umbral en el que los objetivos de la organización se distancian de las orientaciones y posiciones de los miembros de la organización y donde los objetivos son dependientes de los intereses de conservación de organizaciones autónomas. La capacidad de acción de organizaciones cercanas a la base irá siempre por detrás de su capacidad de reflexión. Esto no tiene por qué ser un obstáculo para la realización de ésa tarea que tiene prioridad en la continuación del proyecto del Estado social. Los ámbitos públicos autónomos tendrían que alcanzar una combinación de poder y de autolimitación inteligente que hicieran suficientemente sensibles a los mecanismos de autodirección del Estado y la economía frente a los resultados finalistas de la formación de una voluntad democrático-radical. Es de suponer que esto sólo pueda suceder si los partidos políticos abandonan el cumplimiento de *una* de sus funciones sin buscarle un sustitutivo, esto es, sin encontrar un equivalente funcional: la función de *generar* lealtad de masas.

Estas reflexiones se hacen tanto más provisionales y hasta imprecisas según van penetrando en la tierra de nadie normativa. Aquí son más sencillas las delimitaciones negativas. El proyecto del Estado social, al hacerse reflexivo, abandona la utopía de la sociedad del trabajo. Ésta se había orientado por el contraste entre el trabajo vivo y el muerto, por la idea del trabajo autónomo. Para ello, como es evidente, hubo de presuponer que las formas vitales subculturales de los trabajadores industriales era una fuente de solidaridad. La utopía tenía que presuponer que las relaciones de cooperación en la fábrica llegarían a fortalecer la solidaridad de la subcultura de los trabajadores. No obstante, entretanto estas subculturas han desaparecido y, hasta cierto punto, es dudoso que pueda reconstituirse la fuerza generadora de solidaridad en el lugar de trabajo. Sea como sea, hoy se ha constituido en problema lo que para la utopía de la sociedad del trabajo era un presupuesto o una condición marginal. Y, con ese problema, el

acento utópico se traslada del concepto del trabajo al de la comunicación. Me permito hablar de “acentos” ya que, con el cambio de paradigma de la sociedad del trabajo a la de la comunicación, también ha variado la forma en que nos vinculamos a la tradición utópica.

Por supuesto, con la desaparición de los contenidos utópicos de la sociedad del trabajo no desaparece en modo alguno la dimensión utópica de la conciencia histórica y la controversia política. Cuando se secan los manantiales utópicos se difunde un desierto de trivialidad y perplejidad. Reitero mi tesis de que la autoafirmación de los modernos ha impulsado más claramente que nunca una conciencia de la actualidad en la que se encuentran mezclados el pensamiento histórico con el utópico. Pero, con el contenido utópico de la sociedad del trabajo, desaparecen también dos ilusiones que han fascinado a la autoconciencia de la Modernidad. La primera ilusión surge de una diferenciación defectuosa.

En las utopías de orden confluían las dimensiones de felicidad y emancipación con las de aumento del poder y de la producción de riqueza social. Los proyectos de formas vitales racionales entraron en una simbiosis engañosa con la dominación racional de la naturaleza y la movilización de energías sociales. La razón instrumental que se manifiesta en las fuerzas productivas, la razón funcionalista que se esparce en las capacidades de organización y de planificación tendrían que allanar el camino a una vida más digna, más igualitaria y, al mismo tiempo, más libertaria. En último término, el potencial de relaciones de entendimiento tendría que surgir incondicionalmente de la productividad de las relaciones laborales. La tozudez de esta confusión se refleja en la transformación crítica, cuando se mezcla en un solo guiso la obra de normalización de grandes organizaciones centralistas con la obra de generalización del universalismo moral<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Cf. sobre ello, J. F. LYOTARD, *La condición posmoderna*, Cátedra,

Todavía más definitivo es el abandono de la ilusión metodológica que iba unida a los proyectos de una totalidad concreta de posibilidades vitales futuras. El contenido utópico de la sociedad de la comunicación se reduce a los aspectos formales de una intersubjetividad íntegra. Incluso la expresión “situación ideal de habla” induce a error en la medida en que sugiere una configuración concreta de la vida. Lo que puede expresarse normativamente son las condiciones necesarias pero generales para una vida cotidiana comunicativa y para un procedimiento de formación discursiva de la voluntad que han de poner a los participantes *mismos* en situación de realizar las posibilidades concretas de una vida mejor y menos peligrosa según las *propias* necesidades y conveniencias y según la *propia* iniciativa<sup>13</sup>. La crítica a la utopía que, desde Hegel hasta nuestros días, pasando por Carl Schmitt, ha pintado sobre la pared el *mane-tecel-fares* del jacobinismo, denuncia, sin razón, el hermanamiento, aparentemente inevitable, de la utopía con el terror. En cualquier caso, es utópico cambiar una infraestructura comunicativa muy elaborada de formas vitales *posibles* por una totalidad de la vida realizada, concreta y que aparece en singular. ■

[OMEGALFA](#)  
[Biblioteca virtual](#)

---

Madrid, 1984. Crítico al respecto, A. HONNETH, *Der Affekt gegen das All gemeine*, en “Merkur”, 430, diciembre de 1984, págs. 893 y sigs.

<sup>13</sup> K. O. APEL, “Ist die Ethik der idealen Kommunikationsgemeinschaft eine Utopie?”, en VOSSKAMP, *cit.*, tomo I, págs. 325 y sigs.